

lirica versión del ascetismo cristiano que impone a la mentalidad del poeta puntos de reflexión como a su lenguaje.»

Anteriormente señaló que el comienzo, antes citado, de uno de los poemas de *Nacimiento último* («El enterrado») acabará haciéndonos ver que nada hay de común entre la emoción decadente de la carroña y una afirmación vital por la que se espiritualizan incluso los despojos del ser vivo, con ansias de eternidad:

*Bajo la tierra duermo
como otra raíz de ese árbol que a solas en mí nutro.
No pesas, árbol poderoso y terrible, que emerges a los aires,
que de mi pecho naces con un verdor urgente
para asomar y abrirte en rientes ramajes
donde una ave ahora canta, vivaz, sobre mi pecho.*
.....
*No soy memoria, amigos, ni olvido. Alegre subo,
ligero, rumoroso, por un tronco a la vida.
Amigos, olvidadme. Mi copa canta siempre,
lígera, en el espacio, bajo un cielo continuo (12).*

Tan hermosísimo poema termina así:

*Hombre que, muerto o vivo, vida hallares
respirando la tierra. Solo, puro,
quebrantados tus límites, estallas,
resucitas. ¡Ya tierra, tierra hermosa!
Hombre: tierra perenne, gloria, vida (12).*

Del mismo libro, «Los amantes enterrados», idéntica aspiración terrenal:

*¡Oh libertad! Aquí oscuramente apretados,
bajo la tierra, revueltos con las demás raíces
vivimos, sobrevivimos, muertos ahogados, nunca libres... (13).*

Y en otro poema («Cantad, pájaros»):

.....
*Cantad por mí, pájaros que nacéis cada día
y en vuestro grito expresáis la inocencia
del mundo. Cantad, cantad, y elevaos con el alma
que me arrancáis, y no vuelva a la tierra (14).*

Aquí aparece el hombre que pide que su alma no vuelva a la tierra, no el que dice creerse tierra en la Tierra para tierra nuevamente. En su jardín, oyendo los pájaros, su alma se eleva hasta desasirse

[12] Pp. 20-21 de *Nacimiento último*.

[13] P. 23. *Ib.*

[14] P. 31. *Ib.*

totalmente de lo perecedero en continua transformación para lograr su propia inmortalidad como materia. Un momento más y nuestro poeta perderá la noción del tiempo (como el Monje Virila) y vivirá su vertiginosidad que bien puede ser la de la materia ascendiendo a su alma.

El «Cántico amante para después de mi muerte» es el resumen, la condensación de todo el libro. Un canto a la Vida, la ligera Diosa en la cual confluyen todos los resplandores del mundo:

Ah, cuán poco duraste, tú eterna, para mis ojos pasajeros...

Terminando con estos versos en los que se repite la más destacada constante en la poesía de Vicente:

*... Vida entera de amor que acabó porque he muerto,
mientras tú resplandeces inmarchita a los hombres! (15).*

Ante *Poemas de la consumación* (1968), una de las críticas dedicadas a él termina diciendo: «Y en este panorama, un gran vacío: el vacío de la Esperanza.»

Aludiendo a *la metafísica* del mismo libro, se preguntaba el ilustre crítico: «¿Persiste este doble juego temático, esta ecuación "yo-mundo" en el último libro de Aleixandre? Sí; pero enriquecido en profundidad. Ahora la composición mental gira en torno de la oposición vida-muerte; o, si queremos, tiempo-consumación. La poesía gana en trascendencia.»

¿Acaso la trascendencia del tema fundamental no contiene, incluye la esperanza de seguir siendo? ¿No hay que poner un nombre determinado a la que es, aunque implícita, esperanza, si las palabras la evidencian porque son creadoras? Alma. Dios. Espíritu... Son la Unidad absoluta de la Creación, del Hombre, de su obra que canta vehementemente la obra creadora de Dios, en suma.

¿En qué consiste la esperanza cuando de poesía se trata? ¿No lo es por sí misma? El afán de simbiosis con la tierra, con la naturaleza, ¿no es una esperanza de continuidad más allá...? Repetiré unas hermosas palabras que le oí un día a la viuda del escritor Gabriel Miró: «Los poetas, cuando escriben, hablan con Dios.»

Poemas de la consumación se publicó cuando el poeta contaba setenta años. ¡Se anticipó mucho en demostrar la veracidad del título!

«Las palabras del poeta», introducción a la obra, afirman que:

*Todo es noche profunda.
Morir es olvidar palabras, resortes, vidrio, nubes,
para atenerse a un orden
invisible de día, pero cierto en la noche del gran abismo.*

(15) Pp. 107-108. *Ib.*

*Alli la tierra, estricta,
no permite otro amor que el centro entero.
Ni otro beso que serle.
Ni otro amor que el amor que, ahogado, irradia (16).*

En «Como Moisés es el Viejo», el poeta sigue afirmándose en lo que denominó *el centro entero*, si bien ahora le llama *la luz*:

*... rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aun aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz... (17).*

Entiendo que en todas sus palabras no decae la esperanza. A pesar de que en «Rostro final» piensa:

... y allí entre hierros vemos la mentira final. La ya no vida (18).

La ya no vida terrestre, la otra es el centro eterno. es en la boca la luz.

Indiscutible el escepticismo que abunda en el libro que citamos:

*Unas pocas palabras
en tu oído diría. Poca es la fe de un hombre incierto.
Vivir mucho es oscuro, y de pronto saber no es conocerse (19).*

El poema «Ayer» asegura que «Ignorar es vivir. Saber, morir» (20). ¿No es también cierto? La comprobación no significa desesperanza. No puedo admitir la desesperanza en el hombre que, enfermo desde muy joven, ha podido crear una obra tan profunda y trascendente:

*Tu nombre,
pues lo tienes. Toda mi vida ha sido eso:
un nombre. Porque lo sé no existo.
Un nombre respirado no es un beso.
Un nombre perseguido sobre un labio
no es el mundo, pero su sueño a ciegas.
Así bajo la tierra, respiré la tierra.
Sobre tu cuerpo respiré la luz.
Dentro de ti nací: por eso he muerto (21).*

No me inquietan los libros que explican, desmenuzan, clasifican la Poesía. Me parece algo semejante al desmembramiento de los

(16) P. 12. *Ib.*

(17) P. 19.

(18) P. 23.

(19) P. 33. *Ib.*

(20) P. 88.

(21) P. 100.

santos para hacer relicarios. Leo, siento y me acerco a libros de categoría, como los que me ocupan ahora no sólo con respeto y devoción, sino con el afán de comprenderlos sin presiones de juicios ajenos... más o menos pretenciosos. Por esta razón, que significa pobreza crítica al uso, no he leído nada—salvo las dos reseñas que transcribí anteriormente—sobre mi admirado poeta y querido amigo Vicente Aleixandre. Prefiero leerle a él directamente.

Mundo a solas (1934-1936) sucede cronológicamente en creación a *La destrucción o el amor*, creo. Su poema inicial es una afirmación: «No existe el hombre», y comienza diciendo que sólo la luna sospecha la verdad, «y es que el hombre no existe». Al final:

*... Pero el hombre no existe.
Nunca ha existido, nunca.
Pero el hombre no vive, como no vive el día* (22).

La pavorosa afirmación lleva a pensar: ¿acepta el poeta la gran interrogación de «¿sueño la vida o la vida sueña conmigo...?». O, dentro de una época exterminante, ¿se conduce con el hombre, cuya existencia importa tan poquísimo? Ocurre a veces que, como el poeta es una criatura tan sensible, presente lo que muchísimos otros no.

Sentí diariamente que la vida es muerte... (23).

Un ser consumido por su fervor místico cree lo mismo: morir es nacer a la verdadera vida.

*Pero no morí nunca. No se muere. Se muere...
Se muere sobre un aire, sobre un hombro no amante.
Sobre una tierra indiferente para los mismos besos* (24).

Amor, muerte, tierra, son las constantes aleixandrinas. Mas su fusión con la tierra le revela siempre que

Bajo la tierra se vive... (25).

Hubo un instante de gloriosa afirmación cuando el poeta dice:

... Yo sé que existe un cielo. Acaso un Dios que sueña (26).

En ese «caso», si no aparece seguridad rotunda, sí la esperanza tímidamente, invisible óleo dulcificando las heridas abiertas. Pero más tarde su poema «Nadie» ya es una trágica actitud:

(22) P. 154.

(23) P. 155.

(24) *Ib.*

(25) P. 157. *Ib.*

(26) *Ib.*

*... un hombre brilla o rueda, un hombre yace o se yergue,
un hombre siente su pesada cabeza como azul enturbiado,
sus lágrimas ausentes como fuego rutilante,
y contempla los cielos como su mismo rostro,
como su sola altura que una palabra rechaza:
Nadie (27).*

Verdad que en su poema «Moisés es el viejo», el poeta ha declamado: «Poca es la fe de un hombre incierto.» Sin embargo, ante la Tierra Tierra no lo es; de ella y en ella tiene compacta certidumbre:

Un poeta no es sólo sus versos...

afirmará en su «Historia de la Literatura», p. 304 del libro *En un vasto dominio* (v. «Antología de Vicente Aleixandre», por Pere Gimferrer). Y también en su poema «Materia única» (pp. 320-22, *ib.*) dice:

*Ardiendo la materia
sin consunción desborda
el tiempo, y de él se abrasa.*

.....
*Todo es materia: tiempo,
espacio; carne y obra.
Materia sola, inmensa,
jadea y suspira, y late
aquí en la orilla...*

¿En qué orilla...?

Porque «Cumpleaños» (autorretrato sucesivo) acaba con dos versos; éstos:

*¡el alma
completa!*

(Pp. 328-29 *ib.*)

Verdad, sí. El alma del poeta está completa y con su dilatada ventura existencial alcanzó el privilegio, el don o, sencillamente, «la poca fe del hombre incierto» abocó a la plenitud de su ascesis.

Un poeta no son sólo sus versos, realmente. Un poeta es el cumplimiento de muchísimas dotes más, hasta llegar a tener el alma completa. Es la comprensión, la tolerancia, el respeto humano, la bondad, la serenidad, el don de lágrimas y la dicha de la sonrisa. Un poeta es el puente entre las orillas: dos. La de la Tierra y la de Dios.

Creo que Vicente Aleixandre es todo eso. Y sus versos admirables irradian la grave densidad de pensamiento que posibles los hace.

(27) *ib.*

En *Historia del corazón* (1954), «Mirada final» (pp. 197-200, *ib.*), el poeta hace una síntesis de su preocupación magna Vida-Muerte-Tierra, que abre una hermosa claridad autobiográfica:

*No, polvo mío, tierra súbita que me ha acompañado todo el vivir.
No, materia adherida y tristísima que una postrer mano, la mía
misma, hubiera al fin de expulsar.*

*No: alma más bien en que todo yo he vivido, alma por la que
me fue la vida posible*

y desde la que también alzaré mis ojos finales

*cuando con estos mismos ojos que son los tuyos, con los que mi
alma contigo todo lo mira,*

*contemple con tus pupilas, con las solas pupilas que siento
bajo los párpados,*

en el fin el cielo piadosamente brillar.

Tan solemnemente manifiesta la conciencia del alma habitante supremo del cuerpo, que nada más lúcido que estos versos para comprender a tamaño poeta como la clave perfecta entre el ser humano y el divino. Tierra y cielo, en fin: poesía que habla a Dios desde su Creación, la de ambos: el Universo y la Voz que lo canta.

CARMEN CONDE

Ferraz, 69
MADRID-8